

La adolescencia

Mercedes Garbarino

Héctor Garbarino

(Montevideo)

Resumen

Se describe, en primer lugar, la tarea esencial del adolescente, que consiste en crecer, con la angustia que esto implica. Por un lado, debe insertarse en un mundo todavía desconocido y, por ello, amenazante, y por otro, debe perder la situación de dependencia y protección infantil.

Se pone énfasis en la participación que tienen los padres, —y, por extensión, aunque en menor grado, la sociedad adulta,— en este crecimiento que, en realidad, es un proceso dinámico bilateral.

Se destaca la importancia que tienen los cambios corporales, con el incremento narcisístico correspondiente, y la necesidad del adolescente de adaptar su nuevo esquema corporal al mundo circundante.

Como expresión de la dificultad de realizar el cambio dentro de ellos mismos se observa su proyección y aparición de una actitud reformadora. Finalmente se analizan los sentimientos de oposición, soledad, aburrimiento, etc.

En una segunda parte se vinculan las dificultades del adolescente a la reviviscencia de su complejo edípico, considerando a éste como el complejo básico que debe resolver el adolescente. Se compara esta segunda edición del complejo edípico con la primera y se estudian las diversas modalidades que adquiere en la interrelación dinámica y conflictual entre padres e hijos.

SUMMARY

In the first place the main task of the adolescent is described, i.e. growing up, which implies anxiety. On the one hand, the adolescent has to find his place in a world still unknown, therefore threatening. On the other hand, he has to give up the infantile situation of being dependent and protected.

The rôle played by parents in this growing up is stressed, and, as an extension of it, although to a lesser degree, that played by the world of the adult. Growing up is, in fact, a bi-lateral dynamic process.

The importance of body changes is underlined, with the corresponding increase of narcissism and the need to adapt a new body scheme to the surrounding world.

As an expression of the difficulties of bringing about this change within themselves, its projection may be observed and the appearance of attitudes of reform. Finally, feelings of being opposed, of loneliness and boredom are analyzed too.

The difficulties of that period of life are related to the reexperiencing of the Oedipus complex, this being considered as the basic conflict that the adolescent has to solve. This re-appearance of the Oedipus complex is compared to the first and its various modalities in the dynamic and conflictual inter-relation between parents and children are studied.

La adolescencia como es bien sabido, es un período difícil de la vida, y su estudio e investigación sigue siendo de permanente interés. En este artículo diremos lo que nos parece más fundamental con relación a esta edad conflictual.

LA TAREA ESENCIAL DEL ADOLESCENTE

No es una redundancia decir que la tarea esencial del adolescente es crecer, tomado este término en su sentido más amplio. La designación de este período vital por el término adolescencia —adolescere: crecer, desarrollarse— nos parece muy ajustada, y dar en el nódulo del problema. Si todo —o casi todo— el transcurso de la existencia puede entenderse como un crecimiento, en el sentido de pérdida y adquisición permanentes, también es verdad que la situación adquiere en la adolescencia un relieve tan singular como no lo observamos en ningún otro

momento de la vida.

Buena parte de las angustias del adolescente pueden adscribirse al crecimiento, ya que si crecer es siempre angustiante —y lo es para el niño— por lo que se pierde y se deja atrás, la angustia de crecer alcanza su acmé en este momento, en que crecer significa ingresar en un mundo desconocido, y, por consiguiente, peligroso e inquietante, como es el mundo de los adultos.

Creemos que el conocimiento de los conflictos que acarrea esta edad se vería profundizado, si se insistiera más en el vínculo dialéctico entre jóvenes y adultos, y, especialmente, entre hijos y padres. No se trata de un proceso unilateral, sino de un proceso bilateral, en el cual hay que considerar conjuntamente y en un interjuego recíproco los dos términos del problema. De esta manera, cada movimiento o transformación producido en el joven produce su impacto y necesita un ajuste por parte de los padres. Si el adolescente que se vuelve adulto pierde su infancia, y, en cierto sentido, a los padres, también los padres pierden al niño. Se establece una interrelación dinámica entre ambos términos, de modo que cualquier movimiento operado en una de las partes tiene su correspondiente en la otra parte, y si esto es válido para el pequeño círculo familiar, en la relación padres-hijos, también lo es, en una mayor extensión, para el grupo social en la relación jóvenes-adultos.

Por consiguiente, las dificultades del adolescente no tienen un carácter unidimensional, sino que hay que considerarlas como el producto de una relación bidimensional. De este modo, es muy frecuente que las propias resistencias a crecer que tiene el adolescente se vean estimuladas, de un modo inconsciente, por las resistencias al mismo crecimiento provenientes de los padres.

Por un lado, están las tendencias regresivas o conservadoras que se oponen al cambio, tanto de parte del adolescente como de los padres, y por otro las tendencias progresivas o renovadoras, también presentes en ambos. De la mayor o menor proporción de ambas, en una y otra parte, resultarán las diferentes variedades, desde el extremo normal hasta el patológico, pasando por toda una gama de gradaciones.

Si observamos ahora únicamente al adolescente, haciendo una abstracción artificial de la situación, pero útil para su mejor comprensión, es indudable que

existen en él actitudes opuestas y contradictorias. Existe el impulso al cambio que significa ingresar en un mundo nuevo, que le procurará gratificaciones por mucho tiempo anheladas, pero existe también la resistencia al cambio con el objeto de mantener la dependencia infantil, con la protección y seguridad que ello implica. Se entabla una lucha dinámica y conflictiva entre ambas tendencias, que contribuye a dar esa imagen compleja y muchas veces contradictoria y desconcertante del adolescente, en la cual se dan conjuntamente aspectos o actitudes infantiles junto a otras muy maduras.

Por consiguiente, el signo distintivo de la tarea esencial del adolescente es el desprendimiento de los lazos infantiles para poder hacer su ligamen o inserción en el mundo adulto.

Este impulso al crecimiento que observamos en el adolescente tiene una raíz biológica. Los profundos cambios corporales que se operan en este momento determinan que la vivencia que tiene el adolescente de su propio cuerpo —su esquema corporal— sufra una transformación radical. El debe entonces adaptar o insertar de otro modo su cuerpo cambiado en la realidad que lo circunda, crear una nueva estructura yo-mundo a través de la vivencia de su cuerpo adolescente.

Puede suceder que el adolescente *niegue sus* cambios puberales, lo que da lugar a una discordancia, un cuerpo púber con una mentalidad infantil, testimonio de la dificultad de establecer la nueva estructuración, o, lo que es lo mismo, aceptar el crecimiento. Esto es índice de un desajuste grave con la realidad, ya que traduce la incapacidad del individuo para entrar en la adolescencia.

Cuando el adolescente acepta sus cambios puberales y busca crear una nueva estructura que lo sitúe en la realidad, es cuando se origina el conflicto entre sus distintas tendencias y las del medio que lo rodea.

Frente a la dificultad de realizar el cambio dentro de ellos mismos —dificultad que siempre, en mayor o menor grado, no es únicamente función de ellos mismos, sino del binomio padres-adolescente, como ya hemos visto—, el yo adolescente proyecta en parte esta necesidad de *transformación* fuera de *si mismo*. Es entonces el mundo el necesitado de transformación. Y así tenemos al adolescente animado de un gran espíritu reformador, queriendo transformar al mundo de raíz, cambiarlo

desde sus mismas *bases*.^{*} Esto da la medida de la profunda renovación interna que debe operar el adolescente para efectuar el tránsito a la vida adulta.

En función de esta misma necesidad de cambio está también el desprecio por lo rutinario, tan característico del adolescente.

Es otra expresión del conflicto entre el mundo adolescente y el mundo adulto. El adolescente hace una crítica severa del mundo adulto que se le aparece vulgar y rutinario. El adolescente es un proyecto, todo está por hacerse en él. Y es un proyecto ambicioso. Y es a causa de este proyecto ambicioso que no soporta la rutina. Esto tiene su lado positivo en el sentido de un afán por superar los logros de los adultos; pero es también expresión de su incapacidad transitoria por lograr lo mínimo, o sea sentirse adulto y sin necesidad de la dependencia y protección de que goza el niño.

Entrar en la rutina y “mediocridad” del mundo adulto sería la admisión del fracaso de este proyecto ambicioso en que todo es creación y búsqueda de lo original y maravilloso.

Es evidente que existe distancia entre los mundos adolescente y adulto. Todos tenemos la experiencia de haber sentido con frecuencia a los adolescentes que nos rodean como extraños y hostiles, resistiéndose al contacto y la comunicación.

A su vez, el adolescente tiene el mismo sentimiento con respecto a los adultos. Este sentimiento es el resultado de la proyección de su propia *hostilidad*, aunque a veces despierte realmente reacciones hostiles por su propio comportamiento.

Sin embargo, debemos reconocer que la actitud renovadora del adolescente es un motivo de perturbación para el status alcanzado por la sociedad adulta. De este modo, los adultos sienten a los adolescentes como intrusos que pretenden modificarle su status, lo que genera una actitud de prevención y hostilidad.

Esto no quiere decir que no exista de parte del adolescente una actitud de oposición sistemática. Siempre está contra algo, ya sea contra los padres, o contra las instituciones establecidas o contra la sociedad en general. Veremos más adelante la significación que tiene, en última instancia, esta rebelión y actitud de oposición.

Resultado de su falta de comunicación con su familia y con el grupo social en

^{*} Esto no quiere decir que los ideales revolucionarios de transformación de la sociedad, sean únicamente proyección de sus necesidades internas. Hay también aspectos auténticos, provenientes de una viva y fina sensibilidad, capaz de captar agudamente los aspectos negativos de nuestra sociedad adulta

general, es el sentimiento de soledad de que suele padecer el adolescente y que no puede ser acallado por su participación afectiva en el pequeño círculo de adolescentes.

Por otro lado, sus sueños ambiciosos, sus exigencias desmedidas, su narcisismo megalomaniaco, que obviamente no pueden ser ni medianamente satisfechos por la realidad, lo conducen a un penoso sentimiento de frustración y desaliento.

Sintiéndose solo y frustradas sus grandes exigencias narcisísticas, la consecuencia frecuente es la amargura y el resentimiento. Se queja de ser incomprendido, sentimiento típico de la adolescencia, lo que no es más que su propia incapacidad para comprender al mundo en que vive y también para comprenderse a sí mismo (H. Deutsch). Termina a veces por no saber ni lo que quiere ni lo que busca, y si este *sentimiento* se hace muy agudo, lo conduce a una falta de intereses cayendo en el aburrimiento.

Quiere decir, que no todo es anhelo de transformación y aspiración a un enriquecimiento interior, sino que observamos también claudicaciones y renunciamentos en el adolescente.

Particularmente en nuestra época el aburrimiento suele ser un signo distintivo del adolescente. El aburrimiento es la vivencia de fracaso de una auténtica tarea renovadora y constructiva. Es lo opuesto a la creación.

La incomunicación, característica general de nuestra época, adquiere en el adolescente una cualidad particular: el aburrimiento. Este aspecto alcanza su máxima expresión en ese modo de *existencia* que ha dado en llamarse “la nouvelle vague”, donde hay falta de auténticos vínculos afectivos, donde cada uno se siente irremediamente solo a pesar de estar juntos constantemente, hay una desesperada búsqueda de compañía y *muy* frecuentemente de unión sexual, pero se trata sólo de un contacto físico sin poder alcanzar una verdadera comunicación que depare goce y felicidad.

Pasaremos ahora a referirnos a la motivación inconsciente de los conflictos emocionales que hemos descrito en la adolescencia.

EL CONFLICTO BASICO DEL ADOLESCENTE

Las angustias del adolescente están centradas alrededor del Edipo.

Freud estableció ya, a principios del siglo* las características distintivas de la sexualidad puberal y su esencial cualidad edípica. La sexualidad infantil, caracterizada por la existencia de los instintos parciales y de las diferentes zonas erógenas, al evolucionar hacia la sexualidad de la pubertad, se ordena alrededor de la zona genital, que establece la primacía sobre las de-mas. Las funciones sexuales alcanzan su completo desarrollo y el individuo se vuelve apto para la función reproductora.

Freud señaló también las vicisitudes de la relación de objeto en la pubertad. Mostró que los primeros objetos que busca el púber son los padres y que es en virtud de una represión de las tendencias incestuosas que se vuelve hacia otros objetos.

Como es bien sabido, el complejo edípico no es un fenómeno nuevo, sino una reedición de una situación arcaica.

Melanie Klein,* por su parte, tomando como punto de partida las ideas de Freud, precisó las similitudes y diferencias existentes entre la temprana infancia —primera edición del Edipo— y la pubertad, donde se reviven, como acabamos de decir, las angustias relacionadas con este complejo. La intensidad de la vida emocional, la riqueza de las fantasías y el monto de la ansiedad, en gran parte ligada a las tendencias edípicas, todo esto recuerda otro período de la vida, el del niño pequeño de 3 o 4 años. Pero si bien existen estas similitudes, la capacidad del yo para manejar y dominar la ansiedad es bien diferente. El yo del adolescente está mucho mejor equipado para esta tarea que el yo del niño pequeño, ya que dispone de múltiples actividades y de otra inserción en el medio ambiente.

La elaboración del Edipo en el adolescente está en parte condicionada a la estructura que haya adquirido durante la evolución de la sexualidad infantil. Pero esto ocurre sólo parcialmente, ya que no se trata de ningún modo, de una simple repetición, sino de una re-creación, en la cual influyen grandemente los nuevos elementos propios de la situación presente. Se da en otro momento de la evolución

* Freud: “Una teoría sexual y otros ensayos”.

* M. Klein: “El psicoanálisis de niños”.

del individuo, incidiendo sobre un yo mucho más desarrollado y sobre una distinta estructura familiar y social.

Al igual que el niño, el yo del adolescente, abrumado por las angustias excesivamente intensas de tipo incestuoso, recurre a métodos primitivos de defensa, estableciendo una disociación de carácter esquizoide. Separa amor y odio y dirige ambos afectos hacia otros objetos diferentes de los padres. Ubicando los sentimientos edípicos fuera del círculo familiar —naturalmente que esto lo logra sólo en parte— obtiene así un mejor control de la ansiedad.

De esta manera, establece vínculos emocionales en los cuales la nota dominante es el amor apasionado y la idealización del objeto amado. Las personas sobre las cuales recaen estos afectos suelen ser profesores, deportistas, artistas y, en general, individuos destacados de su ambiente. Del mismo modo, siente odio y aversión profunda hacia otros objetos.

Las posibilidades de elaboración de las tendencias edípicas en la temprana infancia son mucho menores disponiendo de un yo mucho más débil, lo que determina que la primera edición del Edipo, la que transcurre entre los 6 meses y los 4 o 5 años de vida, sea mucho más angustiante.

La defensa a través de la proyección es más o menos exitosa, pero es siempre incompleta y no evita situaciones de tensión familiar, con la consiguiente angustia y sentimientos de culpabilidad, a causa de sus fantasías incestuosas.

Debe entonces recurrir a otras defensas. Sucede muy frecuentemente que se aísla del medio no participando o participando escasamente en la vida familiar. Parece un extraño en su casa. En casos extremos puede llegar a la fuga del hogar como un intento desesperado de escapar a las angustias del incesto.

Otras veces adopta una actitud desafiante y de franca hostilidad con los padres. Sentimientos de rechazo y de burla, menosprecio o desvalorización, suelen observarse con frecuencia.

Otra manera muy común de elaborar los impulsos edípicos es a través del deporte. La competición con los rivales le da la oportunidad de medirse, ganar o perder, sin destruir ni destruir-se, como una expresión simbólica de la rivalidad con el progenitor del mismo sexo. Ahora bien, las dificultades por las que pasa el adolescente, a causa de la reviviscencia de *su Edipo*, no dependen únicamente de

él mismo, sino que están en buena parte condicionadas por la actitud asumida por los padres. Según sea su respuesta inconsciente, se verán aumentadas o se facilitará su resolución. Al Edipo del adolescente corresponde siempre, en mayor o menor grado, el Edipo de los padres. Se ha hecho notar y con razón, que los padres tienen también su oportunidad para revivir su propio Edipo adolescente, a través del de sus hijos y ahora en relación con ellos. Si éste no ha sido resuelto por parte del adulto puede incluso, en casos extremos, constituirse inconscientemente en cómplice y estimular las urgencias instintivas de su hijo. De este modo, se forma una pareja madre-hijo

o padre-hija de carácter patológico y hostil al otro progenitor. Cuando la represión del Edipo es excesiva el adolescente entra en crisis, la relación con los padres se ve seriamente trastornada, así como la adaptación al mundo externo. El proceso de independización gradual de los padres no tiene lugar, el adolescente mantiene entonces una relación muy hostil con su medio, como expresión del fracaso de su independencia y la conservación, por consiguiente, del vínculo infantil. Se entra entonces en la patología de la adolescencia, en la cual lo dominante es la fijación a las fantasías incestuosas con la culpa consiguiente.

Las urgencias instintivas y anímicas del adolescente encuentran una derivación en la actividad masturbatoria. Pero si bien la masturbación constituye una descarga importante de sus necesidades sexuales —y esto ocurre tanto en el varón como en la niña, aunque sea menos frecuente en esta última—, es también por otro lado, fuente de ansiedad y sentimientos de culpabilidad. La masturbación se acompaña de fantasías incestuosas, y éstas determinan, a causa de la culpa que despiertan, temores de haberse dañado y de haber dañado al progenitor rival. No solo se acompaña de fantasías sexuales con el progenitor del sexo opuesto, sino también con fantasías sádicas contra el progenitor del mismo sexo.

Esta significación incestuosa de la masturbación trae como consecuencia que el adolescente luche tenazmente contra ella. A veces esta lucha se extiende contra toda urgencia instintiva y puede conducir al ascetismo (Ana Freud), en donde toda necesidad *física*, sexual o no, es rechazada y menospreciada. La misma Ana Freud ha señalado la importancia de la intelectualización como otro de los mecanismos defensivos del yo frente al empuje libidinoso. Es corriente observar un pronunciado interés y valoración de la actividad intelectual en detrimento de las condiciones materiales de la existencia.

Otra consecuencia de las angustias emanadas de la elección incestuosa de objeto es el incremento de las tendencias homosexuales que se observa en esta edad. La orientación libidinosa inestable suele fluctuar entre la elección de objeto hetero y homosexual —recordemos las amistades apasionadas entre los adolescentes del mismo sexo— hasta encontrar su definitiva elección heterosexual.

En el caso de la niña, la evolución sexual es aún más complicada y conflictual, en particular a causa de la incidencia del fenómeno *menstrual*. *Las fantasías de la niña* acerca de la menstruación constituyen una fuente de angustia en tanto representa para ella, por el hecho de ser un flujo de sangre, la confirmación de que su cuerpo ha sido atacado y destruido en forma retaliativa por su madre, de modo que ha perdido definitivamente su capacidad para tener niños.

La menstruación también es vivida como castigo por la *masturbación* clitoridiana y las fantasías incestuosas que la acompañan.

De este modo la niña tiene más dificultad que el varón para asumir su función sexual adulta, ya que la menstruación significa para ella su destrucción interior. La femineidad es una conquista más difícil para la mujer de lo que es la masculinidad para el hombre.

Al lado de todos estos factores conflictuales, la menstruación tiene también su aspecto positivo y, en circunstancias favorables, la niña la recibe como signo de madurez sexual.

En definitiva, y a manera de conclusión, diremos que el adolescente para poder realizar su tarea esencial, que es crecer y adaptarse al mundo adulto, abandonando la infancia, debe recrear el conflicto básico infantil, es decir, el complejo edípico. De las vicisitudes de esta re-creación dependerá su inserción exitosa en el mundo o, al contrario, la conservación, en mayor o menor grado, de una actitud adolescente en la vida adulta.

BIBLIOGRAFIA

- ABERASTURY, Arminda.— El mundo del adolescente. “Rev. Urug. de Psa.”, T. III, N° 1, 1959.
- FREUD, Anna.— “El yo los mecanismos de defensa”. Bibl. de Psic. Funda. Paidós.
- FREUD, Sigmund.— “Una teoría sexual y otros ensayos”. Ob. Comp. T. II.
- KLEIN, Melanie.*— “*El psicoanálisis de niños*”. Edit .El Ateneo, Buenos Aires, 1948.
- MEAD, Margaret— “Adolescencia y cultura en Samoa”. *Bibl. de Psic. Social*, Paidós, Bs. As.
- MANINHEIM, Karl.— “Diagnóstico de nuestro tiempo”. Fondo de Cult. Econ., México, Buenos Aires, 1961.
- ROUART, Julien.— Psychopathologie de la Puberté et de l’Adolescence.
“Presses Univ. de France”.Paideia,1954.

